



Semanario de Palma.

DOMINGO 10 DE OCTUBRE DE 1841.

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ CARRANZA DE MIRANDA,

ARZOBISPO DE TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

Introducción.

Las revoluciones arrastran en su desordenada carrera los diques que sus mismos caudillos levantarán. Mientras dura el movimiento que las impulsa, todo cae arrollado ante su irresistible fuerza; pero al sonar la hora de su decadencia misteriosa, el ímpetu reaccionario camina con tanta violencia en la bajada como caminó el ímpetu revolucionario en la subida. Estas épocas, raras por fortuna en la historia del mundo, tienen leyes especiales que, dirigidas por un mismo principio, por un solo pensamiento, ostentan sin embargo innumerable variedad de formas, se espresan en distintos fenómenos. La violencia de las crisis turbulentas requiere hombres activos y eficaces: para combatir ideas extremas es necesario oponer ideas extremas al espíritu que domina: no hay discusión porque hay batalla: los hombres tolerantes caen arrollados por el principio que reina: los fanáticos mandan, y la inflexibilidad es la primera de las virtudes. Las causas dirigidas por la imparcialidad no tienen en época de revolución esperanza alguna de triunfo: la moderación

no halla cabida en el vértigo de las pasiones, y sus palabras p recen á todos sospechosas: la oscuridad, el silencio deben ser su destino: la persecucion y la muerte la aguardan en la caliente arena del combate.

Triste hubiera sido el porvenir de la iglesia católica, si no hubiese prodigado en el siglo quinto los tesoros de su inatigable energía. Amenazada en la aurora de su eterna dominacion por las teorías arrianas, infestado el mundo con sus creencias, triunfante la nueva secta en Africa y Europa, mostrando por brazos y por arrimo á potentados y reyes, el catolicismo desplegó sus inmensos recursos, y la unidad religiosa apareció tranquila y segura en el mundo que regeneraba. La heregía debió sus triunfos al fanatismo de los discípulos de Arrio: el catolicismo alcanzó victoria, y recobró su poder bajo la égida de sus intolerantes y ardorosos misioneros. En todas partes la fé, la fé que no duda jamás del resultado, la fé que nada concede á sus enemigos, que los odia y anhela su esterminacion, acaba por vencer los elementos que en su marcha se la oponen. Y si en todas las convulsiones morales del mundo tiene aplicacion esta verdad, puede citarse como exclusiva é infalible en los grandes movimientos religiosos. La lucha de las creencias no admite transaccion: los intereses que se disputan están fuera de la mano del hombre: la verdad que siente no es suya; y no perteneciéndole, no está en su mano dividirla. Lo que bajo el nombre vulgar de fanatismo é intolerancia se conoce, léjos de ser un defecto, es la primera de las cualidades, la necesaria, la indispensable para los apóstoles de una causa cualquiera: San Pablo y Mahoma no debieron, ni pudieron ser filósofos. ¿Y cómo habría de convencer el que no está profundamente convencido? ¿Cómo se puede aspirar á desarraigar lo que ama mas la humanidad, sus creencias relijiosas, sin la incalculable fuerza, sin el inmenso prestigio que dá esa fé íntima, exclusiva, que siempre combate, porque nunca retrocede? Ni es posible tampoco esponerse á terribles ultrages, á la befa, al escarnio y á la muerte cruel é ignominiosa del sectario vencido, sin llevar dentro del pecho la grande, la sublime idea de ensalzar nuevas creencias, ó de restaurar las creencias antiguas á su primitivo vigor. El símbolo que representa ciega á la fé es un símbolo de eterna verdad: la ceguedad es el secreto de su invencible pujanza.

El espíritu católico sostuvo y animó á los cristianos de Astúrias en su lucha desigual contra el poder sarraceno. El estandarte de la cruz llevó al fin á los hijos de los vencidos en Guadalete hasta las murallas de Granada, y en la embriaguez de la victoria no bastaba tan completo triunfo á los entusiasmados vencedores. La religion convertida en elemento de combate necesitaba alimento, y el pueblo español entónceş deseaba la unidad religiosa en la ya completa y robusta monarquía. No era ciertamente la nobleza, satisfecha con los nuevos vasallos que ganára, ansiosa de acrecentar su número y de ostentar su poder, la que deseaba la espulsion de los moriscos y judíos: no era ciertamente el rey, mas hábil político que fervoroso cristiano, quien solicitaba tal disminucion en la fuerza y recursos de su reino; era el pueblo, la muchedumbre que espresaba enérgicamente su voluntad con atentados parciales imposibles de contener: eran las legiones de ardientes sacerdotes que miraban, como oprobiosa mancha, la existencia del Koran junto al Evangelio; eran por último las órdenes religiosas admirablemente organizadas y dirigidas, que buscaban pasto á su incesante actividad, marchando al único fin á que podia razonablemente dedicarse su poderosa institucion. Y si alcanzado el objeto, consideramos hoy los tristes resultados que ha producido, si con la es-

pulsión de los moriscos y judíos quedó vacilante y débil el estado, fuerza es confesar también que Fernando V hizo cuanto pudo hacer en su posición para contener la tendencia universal que empezaba á cobrar irresistibles bríos.— Pero la causa de la unidad católica tuvo por representante á un hombre exclusivamente preocupado de una idea. Torquemada, exacta espresion del fanatismo de su época, esclavizó con su intolerante energía la voluntad de los reyes católicos; los respetos humanos desaparecían ante sus creencias sinceras pero estremadas, y al morir, dejó echados los robustos cimientos de su obra. No ménos celoso y ardiente, aunque no tan esclusivo en sus medios de acción, Ximenez de Cisneros habia amontonado en las largas maceraciones y penitencias del claustro los tesoros de su profunda energía. Apasionado por la centralización del poder, consideraba la religion y la política como una gerarquía inmensa, pero indestructible: admirador de Torquemada, deseaba llevar á cabo la grande empresa de la unidad religiosa en los dominios españoles. Vésele así fundar la universidad de Alcalá, superior á todos los establecimientos de su tiempo en Europa, al paso que quemaba los inestimables libros que contenian los secretos de la civilización árabe. La unidad religiosa tuvo en él poderoso apoyo: y á pesar de las alteraciones y cuidados de su gobierno, no descuidó un punto los medios de propagarla.

Y como si no bastase la espinosa cuestión de los moriscos para apurar los esfuerzos de los activos partidarios de la unidad, como si calmado un tanto su ardiente fanatismo, faltase un estímulo para restaurarlo, comienza la Europa á estremecerse á las coléricas voces de Lutero. Sus escritos inundan en un momento la Alemania, escitando el celo reformista de muchos príncipes y adquiriendo fanáticos sectarios que despiertan de su indolente sueño á la metrópoli del mundo católico. El incendio corre con rapidez abrasando la Suecia; la Polonia y arrancando á la Inglaterra de la comunión romana. En Suiza toman incremento las querellas religiosas, y Calvino comienza á introducir en la naciente secta los gérmenes de anarquía. La Francia, conmovida por las predicaciones, dá abrigo en su seno á las nuevas creencias, y yace á punto de ser completa presa de la triunfante herejía. La reforma amenaza pasar los Pirineos: Pedro de Osma predica sus doctrinas en Salamanca; y hasta en el fondo de los conventos andaluces penetran las ideas del fraile alemán: respetables prelados las cultivan secretamente, y algunos señores españoles que asistieron á Carlos V en la dieta de Augsburgo procuran estender la nueva religion en su conmovida patria. La Inquisición lucha con todo su poder, pero hasta entre sus miembros ha cundido la gangrena. La Sede Romana, aturdida con tantos golpes, maravillada al notar la rápida propagación del incendio y enervada con tan larga seguridad, no tiene fuerzas aun para luchar frente á frente con la invasión. Entónces y en medio de tantas ruinas, de tal contagio, de tantas convulsiones, abdica el emperador en Bruselas: el reino ha pasado á otras manos: la política española está concentrada en la península: Felipe II sube al trono, y comienza otra era y otra política domina.

Durante los últimos años del reinado de su padre, á favor de las empresas que suscitaban los cuidados del imperio, se habia iniciado lentamente el príncipe en el difícil arte de gobernar. Carlos V, conociendo muy de antemano la prudencia de su hijo y sucesor, hábale confiado negocios graves para cuyo despacho le ayudara con sus consejos y esperiencia: así al empuñar su cetro poderoso, hallóse Felipe con fuerzas bastantes para sostener su

peso. — Sus viages á Flandes y su matrimonio con la reina María, le habian hecho examinar de cerca los recursos y tendencias de la reforma. La Inglaterra, reconciliada violentamente con la Sede Romana, habia vuelto á apartarse de la comunión política, jurando á España eterno aborrecimiento: y levantando contra ella el estandarte, fomentaba las turbulencias en su vasta monarquía. Los estados protestantes de Alemania derramaban en los Países-Bajos fecundos gérmenes de sangrientas alteraciones: las guerras de religion agitaban sordamente el mundo, mientras los sultanes de Constantinopla, aprovechándose de la desunion cristiana, estendian su gigantesco poder y poblaban los mares con su helicosa marina. Infestaban los corsarios berberiscos las aguas del Mediterráneo, produciendo frecuentes alarmas en la costa, causando serios perjuicios al comercio español, interrumpiendo á veces las comunicaciones de la corona con sus estados de Italia. Estremecida todavía con los recientes golpes del hacha destructora de Lutero, la Sede pontificia abandonaba las riendas del mundo católico que caia á pedazos ante los audaces reformistas. Las insurrecciones dejaban al nacer la semilla de insurrecciones nuevas; la anarquía que reinaba en el mundo moral iba á traducirse en hechos materiales; y el primer levantamiento de los paisanos en Alemania y sus recientes turbulencias eran un ensayo de las calamidades que amenazaban la Europa.

Apénas, tras la abdicacion de Carlos V, recoge Felipe las riendas de sus estados, comienza á trabajar el movimiento católico lleno de confianza y de fé. Comprendiendo que solo la unidad política y religiosa podia contener las alteraciones que se apoyaban mutuamente, escarmentado con los ejemplos del anterior reinado, persigue á la revolucion en sus últimos atrincheramientos. Las disputas sobre religion ocupaban la actividad cristiana mientras progresaba la media luna: en sus dominios habian de cesar las disputas de religion. El catolicismo con sus antiguos recuerdos, sus magníficas tradiciones, su benéfica influencia, yacía vacilante á los embates de la anarquía reformadora, que, apénas nacida, comenzaba por devorarse y pelear: Era grande, era noble sostener la antigua creencia, arrimar sus hombros al eterno edificio, defender la verdad de lo pasado contra la alucinacion de lo presente, y Felipe II adoptó con vigor inflexible tan elevado papel. Sus creencias, su ambicion, sus intereses de monarca, la felicidad de sus pueblos se unian para indicarle el camino que debia seguir: la resistencia á la reforma fué desde entónces su constante pensamiento. Y nadie puede negar que á costa de mil sacrificios llegó con perseverancia á su fin. Bajo su direccion comienza el catolicismo á luchar en toda Europa con la heregía asombrada al ver las inmensas fuerzas que despliega el gigante que creyó destrozado. El protestantismo que llevaba su vanguardia mas allá de los Alpes y de los Pirineos, viene á estrellarse contra estas barreras en impotentes tentativas. La Liga, escitada y alimentada por el monarca español, reconquista la Francia á las doctrinas católicas: los Países bajos, los electorados, la Baviera, la Hungría, la Polonia vuelven á la comunión romana, y el pontificado, sostenido por su poderoso campeón, dicta de nuevo leyes á la asombrada Europa.

Pero en la reaccion violenta que meditaba Felipe II; eran inútiles los hombres que obedecian mas á su razon que á su celo: en el combate á muerte que trababa, perjudiciales eran los que, por imparcialidad ó moderacion, daban armas á los hereges para sostener sus doctrinas. Así la Inquisicion restaurada y con mas pujantes brios, sofocaba en España los gérmenes nacientes

del luteranismo invasor, derramando en la infestada Flandes la exuberancia de su formidable poder. Y era natural, indispensable que la reaccion acabase en sus gigantescos movimientos con cosas y personas que hubiesen merecido atención en tiempos mas tranquilos: su ímpetu no podia detenerse, y los que en su camino se paraban, fuesen criminales ó débiles, imprudentes ó culpables, eran igualmente arrollados por la incansable rueda.

Fray Bartolomé Carranza ofrece triste ejemplo de esta verdad en su adversa y próspera fortuna. Honrado desde su juventud por su aplicacion y su ciencia, subiendo desde la oscura celda del fraile á los mas altos puestos de la gerarquía eclesiástica, primado de la iglesia española, esperando el capelo de cardenal y luego tal vez la silla pontificia, cae repentinamente desde su altura á la prision del santo Tribunal que lo suelta al fin en la orilla del sepulcro. Católico ardiente y sincero, habia luchado con honor á la sombra de su estandarte: puro en su vida privada, religioso en sus costumbres, solícito en su piedad, era la admiracion de su órden: severo, prudente é instruido, honraba su rey con frecuentes consultas y singulares muestras de estimacion: Carranza sin embargo, fué procesado como herege, y al llegar la hora fatal, abandonáronle á la vez su órden y los prelados, el pontífice y el rey.

¿Abrigó en su pecho el desgraciado arzobispo las creencias luteranas? Su conducta en Inglaterra y la absolucion posterior del Papa son testimonios de la orthodoxia de sus doctrinas. ¿Fué acaso su largo proceso, su dilatada prision el mero resultado de la envidia de algunos obispos, los efectos de la vengativa saña del Inquisidor general como se ha asegurado despues? No es posible creerlo: no es posible creer que bastasen tan pequeños móviles á escandalizar la Europa con aquella célebre causa, á comprometer en próximo conflicto la sede romana con el monarca español, á arrancar al primer prelado de España de su asombrada diócesis, entre los clamores de un cabilde poderoso y sorprendido. Las pasiones, los resentimientos que escitó el triunfante dominicano, la ambicion engañada de los unos, la envidia solapada de los otros, contribuyeron sin duda á dar á la persecucion del arzobispo el carácter de encarnizamiento cruel que la distinguió, pero el origen depende de causas mas altas y generales. Fray Bartolomé Carranza debió su celebridad no solo á su notable y á su vasta instruccion, sino al fuego con que en las filas católicas combatía. Pero su entusiasmo, si bien hijo de profundas convicciones, debia mucho á la soledad del convento: separado del choque de contrarias ideas, abrigaba la exaltacion que alimenta la vida religiosa, y así Carlos V y Felipe II al notar sus vigorosos esfuerzos, procuraron abrir campo al que reputaban inflexible campeón. La suma modestia de Carranza que le hizo rehusar dos obispados, la dulzura de sus maneras y la pureza de su vida le conciliaban un afecto universal. Pero, cuando nombrado para asistir en Roma al capítulo general de su órden y luego al concilio de Trento, pudo el templado y sincero fraile observar de cerca un mundo que no conocia; cuando miró las pasiones humanas agitarse entre los grandes intereses de la religion, su celo, exclusivamente religioso, no pudo ménos de entibiarse al perder la ilusion que le hacia mirar á todos los prelados como enemigos de profanos intereses. Por otra parte, comisionado por Felipe, rey de las dos Sicilias y de Inglaterra para estirpar la heregía, Carranza llegó á Lóndres con los proyectos mas violentos y los designios mas sanguinarios. Recorrió varias ciudades quemando libros y preparando el suplicio de algunos luteranos pertinaces; pero, al verlos morir con valor y constancia, comprendió que la

buena fé podia abrigarse hasta en el pecho de los hereges, y que para todas las causas hay conviccion y fanatismo: desde entónces se amortiguó su vivo celo; y firme en sus creencias, pero buscando medios mas suaves, procuró emplear las armas de la discusion. Pero aun en este campo halló inesperados sucesos: en las frecuentes disputas que sostenia, topaba acaso con algunos atletas que defendian hábilmente su causa esponiendo cantidad de argumentos y desplegando vasta erudicion en materias religiosas: triunfante siempre al fin, tenia el dominicano la modestia de los hombres superiores, confesando que habia estado avergonzado ante la instruccion de sus contrarios y haciendo amplia justicia á su notable ciencia. — Fácil es concebir el efecto que produciria esta imparcialidad en aquellos tiempos de combate; y cuando, perdida la Inglaterra, abrió Felipe II la barrera de la reaccion, estas palabras, esta moderacion que ostentára Carranza á vista del monarca mismo, parecieron sospechosas á los ardientes y sombríos combatientes de la unidad eclesiástica. Sus proposiciones, un tanto imprudentes, las concesiones en aquel tiempo exageradas que á sus contrarios hacía con el fin de convencerlos, y sobre todo sus relaciones con luteranos que le complicaron en procesos y delaciones, derribaron de su silla arzobispal á uno de los prelados mas eminentes y católicos de la monarquía.

Las tinieblas han envuelto esta célebre causa comenzada y concluida en los secretos salones de la Inquisicion, entre los rumores del público ignorante y la atenta Europa que suspendia su fallo, dividida en contrarias opiniones. A fines del último siglo publicó D. Pedro Salazar de Mendoza, canónigo de Toledo, una breve reseña de los sucesos del arzobispo prunado; pero su historia, reducida á una coleccion de fechas y acontecimientos religiosos, es una apología sin crítica, aunque atendible en razon á la oscuridad que rodeaba cuanto al prelado pertenecia. Posteriormente en su erudita *historia de la Inquisicion de España* ha publicado D. Juan Antonio Llorente un extracto de su proceso lleno de datos curiosos y de raras observaciones; pero el espíritu que domina en toda la obra es bastante conocido: el odio al terrible tribunal de que formó parte guia la pluma del autor: adversario de Felipe II, se esfuerza siempre en denigrarlo, contradiciéndose á veces y prestándole opuestas cualidades. Llorente empleó su historia como palanca de destruccion contra una institucion grande sin duda, pero que alcanzado su objeto, era una rueda fatal que detenia el carro del adelanto intelectual de España. En su tiempo decrepita y ciega, solo era instrumento de escándalos é injusticias: de su grandeza pasada, de su existencia poderosa solo quedaban sus procesos y el recuerdo de sus hogueras: pero si hay mucho que lamentar en sus excesos monstruosos, debe recordarse tambien la parte que tomó en el gran combate de resistencia al luteranismo que acabó con el indestructible imperio de la unidad católica: violento fué el remedio, pero violenta fué la enfermedad; y cualesquiera que sean las ideas que predominen en el mundo, es noble, es grande resistir la invasion de la anarquía moral á la sombra del antiguo estandarte que ha conducido la humanidad por tantos años entre arenas y desiertos. El protestantismo ganó terreno en poco tiempo y luego se detuvo para no adelantar un paso y retroceder vencido: hoy se le vé declinar sensiblemente, miéntras que el dogma antiguo permanece en su puesto escuchando sin emocion amenazas y predicciones, dejando en paz á las nuevas doctrinas formularse y establecer gerarquías efímeras que desaparecen como se formaron. Torre combatida por huracanes y tormentas; la unidad católica

reina hace diez y ocho siglos estendiendo siempre su horizonte; y obscurecida alguna vez entre las tempestades, levanta al disiparse las nubes sus indestructibles murallas entre la universal ruina.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

ARTICULO 1º

Nació Bartolomé Carranza el año de 1503 en la villa de Miranda situada en la merindad del Olite á orillas del Arga que fecundiza aquellas campiñas. Su padre, Pedro Carranza, era un hidalgo honrado, pobre, que sirvió luego como hombre de armas en la compañía formada por el conde de Lerin, Condestable de Navarra. Del lugar de su nacimiento diéronle mas tarde su segundo apellido con que se le nombró miéntras fué religioso en la órden dominica. A la edad de doce años, envióle su padre por consejo de algunos sacerdotes, que admiraban sus precoces facultades, á la nueva y brillante universidad fundada en 1503 por el cardenal Ximenez de Cisneros. Bajo el patrocinio de su tio D. Sancho de Carranza doctor del célebre claustro, entró el jóven estudiante, como alumno, en el colegio de S. Eugenio de Alcalá. Aunque niño y tímido, su aplicacion le atrajo la benevolencia de sus preceptores, el maestro Angulo y el bachiller Salaya, que le recomendaron especialmente tres años despues al colegio de Santa Balbina donde bajo la direccion del doctor Almenara, empezó á estudiar lo que se llamaba artes ó ciencias filosóficas.

Murió en este intérvalo el Cardenal Ximenez de Cisneros que, complacido en su obra, miraba alzarse mas cada dia el establecimiento que habia fundado. — Protegida por Fernando V y bajo la inmediata inspeccion de su ilustre protector, la universidad de Alcalá de Henares alcanzaba inmenso prestigio y singular renombre. Centro de la ilustracion del pais, asilo de las ciencias sagradas casi exclusivamente dominadoras, la naciente institucion contaba en su seno los hombres mas distinguidos de España y consultaban su opinion los mas sabios escritores de Europa. La ostentacion de su ceremonial, los recursos de que disponia, la pompa que prestaba á la ciudad la corte del cardenal-arzobispo, la concurrencia de célebres estrangeros daban importancia y valor á la que, como Atenas eclesiástica, se citaba ya en el mundo. Parecia que su fundador, al apagar en las hogueras que devararon los libros mahometanos los últimos destellos de la civilizacion árabe, quiso levantar una antorcha que esparciese por la España entera la luz del triunfante cristianismo. Los comentarios á las Santas Escrituras copiados por su órden, las obras de los Santos Padres y los concilios celebrados en la iglesia eran devorados por la fé ansiosa y activa ambicion de la juventud que acudia. Desterrando la bárbara gerigonza que como idioma latino se enseñaba, aplicáronse pacientes y celosos maestros á profesar en su pureza la magnífica lengua de Roma, san Pablo y san Gerónimo, Tertuliano y san Agustin hallaban intérpretes elocuentes que, esplicando sus altas ideas, grababan la sana doctrina en el corazon de los discípulos que regeneraban á su vez el púlpito español. Las disputas teológicas, en moda y favor entónces, celebrábanse ante un público entusiasmado que acudia de pueblos lejanos á escuchar en su múltiple aspecto,

en su incesante variedad, el análisis de sus dogmas y la esplicacion de sus símbolos. — En otra parte se leían con atención las sabias leyes de los romanos y de las disposiciones de las Partidas que revelaban el adelanto intelectual de un rey superior, por decirlo así, á su misma posteridad. En todas partes la ciencia, grave sí pero curiosa y atractiva, convocaba á sacudir las trabas de la ignorancia que envolvía al mundo apenas libre de la edad media; y Alcalá de Henares se presentaba como centro y foco del gran movimiento que despertaba á los pueblos de su letargo.

Murió Ximenez de Cisneros, pero vió al morir consolidada su obra. No solo era la Universidad un depósito de hombres eminentes, sino que los mas altos magnates solicitaban, como gracia, el privilegio de educar en ella á sus hijos; y príncipes estrangeros anhelaban gozar los honores que acompañaban á los miembros de la naciente institucion. Era D. Sancho de Carranza uno de los mas célebres doctores de su claustro; pero su fama, mas que á libros concienzudos y trabajos estensos, era debida á la lucha que sostenia con el famoso escritor Erasmo de Rotterdam. Atacándolo continuamente en opúsculos que causaban impresion suma, habia alcanzado una reputacion envidiable, pero reducida á estrechos límites: su influencia recomendó á su jóven pariente que se distinguia ya por su constante aplicacion y notables adelantos. En esta controversia eterna, dejóse arrastrar Bartolomé Carranza por el entusiasmo general: únicamente preocupado con un porvenir religioso, anhelaba el momento de realizar los sueños de su noble ambicion, entrando en la activa milicia de las órdenes regulares: así, al acabar su curso de filosofía, tomó el hábito de Santo Domingo en el monasterio de Venalac situado en la Alcarria, á poca distancia de Guadalajara. A los diez y ocho años, corriente el de 1521, hizo profesion de fé sin faltarle un voto en el convento; y por aquel tiempo murió el arzobispo de Toledo, D. Guillermo de Croy duque de Cambresi y príncipe del Imperio, sin haber venido á España; entrando á sucederle D. Alonso de Fonseca.

Fray Martin de Avendaño era prior de Venalac: la instruccion del jóven dominico y la pureza de sus costumbres llamaron pronto su atención. Como si estuviese en los últimos años de su vida, apartábase Carranza de toda distraccion profana para entregarse al estudio y á las oraciones religiosas. Severo en sus opiniones, dulce en sus maneras, sostenia acaloradas disputas sobre puntos de doctrina, al paso que disculpaba con la mayor indulgencia los extravíos que no versaban sobre puntos de fé. Fácil y ameno en su trato, incapaz de hacer sentir á sus compañeros la superioridad de su instruccion, era querido y respetado en el monasterio. Aprovechaba sus ratos de ocio en solitarios paseos por los tristes campos de la Alcarria, ocupado en vastos planes de escritos religiosos. Allí, aunque confusamente llegaban los ecos del estrépito que causaba en Europa la palabra de Lutero: su marcha triunfal hasta Worms, su conducta durante la dieta, la proteccion del elector de Sajonia y la irritacion del papa conmovian á todo el clero español asombrado al ver la audacia del oscuro agustino: la noticia de sus progresos espantaba á los frailes sordamente divididos en sus monasterios y aguardando con ansia la resolution del Emperador. Decíase unas veces que Carlos V habia abrazado la causa de la reforma con los españoles que le acompañaban: asegurábase otras que habia mandado quemar en hoguera pública á Lutero; y en estas alternativas fermentaba un descontento secreto en los claustros que miraban con temor la conducta del soberano en los conflictos de Alemania. Atribuíanle, al

ver su indecision, pensamientos de heregía; pero si tuvo alguna vez intencion de abrazar la reforma, fuerza es confesar que pasó pronto este proyecto sin producir resultados. La posicion de Carlos V era crítica en las turbulencias religiosas: su conciencia y su educacion le habian hecho sinceramente católico; sus intereses políticos le hacian vacilar. Los flamencos, españoles, estrechamente apegados á la religion de sus padres, se manifestaban contrarios á las opiniones nuevas; y el emperador abrió la dieta de Worms con ánimo resuelto de estirparlas. Pero apenas abierta, consideró con espanto las profundas raices que habian echado en una parte del imperio, y temiendo chocar con su ardiente protector el elector de Sajonia á quien debia la púrpura, recelando tal vez perder su corona, eligió la única política posible, la de la contemporizacion hasta sondear la profundidad del mal. Sus intentos parecian sin embargo sospechosos á los prelados españoles; y aumentábanse los recelos con la correspondencia de Alemania que pintaba con exageradas frases los terribles progresos de la heregía.

En el apartado recinto de su monasterio, tuvo lugar Carranza de estudiar el movimiento luterano. Preguntábanle alguna vez los frailes los casos de disputa, y esplicábales las diferentes maneras de considerar el dogma tal como se le habian hecho concebir las confusas noticias que llegaban. Pero dando poco abrigo á las sospechas, no dudaba de las intenciones de Carlos V cuya religion y pureza defendia. Nutrido con los escritos de los santos Padres, procuraba interpretar con ellos las frecuentes alegorías del antiguo Testamento cuya esplicacion vulgar no le bastaba. San Agustin era el compañero de sus solitarias escursiones y la Summa de santo Tomás su libro favorito.

Pasáronse así algunos años hasta que en 1525 fué nombrado colegial de San Gregorio en Valladolid. Dedicóse á la teología con ardor bajo la direccion de fray Diego de Astudillo su maestro, y sus estudios y conclusiones excitaban frecuentes disputas entre los doctores mas afamados. Sus profundas meditaciones sobre el dogma levantaban su naciente reputacion, al paso que la lectura de los libros alemanes y algunas conferencias con solapados hereges, vertian, á pesar suyo, un gérmen de duda en su pensamiento, debilitando con estrañas consideraciones la pureza de su fé. Y no por eso sentíase dispuesto Carranza á tolerar ni perdonar el luteranismo; pero, haciendo justicia á la profunda instruccion de sus defensores, apartábase un tanto del entusiasmo pontifical con que empezó su carrera. Alguna vez discutia con fray Miguel de san Martin, presentado y lector de su colegio: las ceremonias eclesiásticas eran el asunto de su conversacion, y Carranza restringia siempre la potestad de los papas, señalándole límites asaz estrechos en concepto de su compañero. Defendiendo con calor los intereses de España, oponíase fuertemente á la invasion del poder apostólico en asuntos de su disciplina: calificaba de vulgares muchas opiniones, y esplicaba el sentido que debia darse á ciertos textos de las Escrituras. Así veíase, por forzosa consecuencia, obligado á admitir, sin sospecharlo, algunas ideas heterodoxas, aunque sincero en su catolicismo, odiaba á los secuaces de Lutero. La polémica entablada por su tio le hizo conocer á Erasmo: estudió con ansia sus escritos, notando que defendia con copia de razones sus argumentos. Insensiblemente acabó por simpatizar con él en puntos de doctrina y defender algunas de sus conclusiones como católicas y racionales. Sus observaciones sobre el sacramento de la penitencia y la confesion de pecados veniales ejercida con frecuente repeticion, parecieronle superiores á las ideas admitidas comunmente: y examinando detenidamente el

Apocalipsis, creyó con Erasmo que no era San Juan Evangelista el autor de esta magnífica obra, sino un presbítero del mismo nombre que escribió siglos despues.

Aunque algunos de sus compañeros se escandalizaron hasta el punto de delatarlo secretamente al santo Oficio que desatendió como leves y nimias estas disposiciones aisladas, su constante aplicación, su ardor religioso y la pureza de su conducta le recomendaban eficazmente á sus superiores. Encomendáronle en 1530 una cátedra de artes; nombráronle tres años despues regente de teología; y muerto fray Diego de Astudillo en 1534, sucedióle Carranza en la regencia mayor de ciencias teológicas. Murió tambien D. Alonso de Fonseca, y pasó á ocupar la silla primada el cardenal D. Juan Pardo Tavera, arzobispo de Santiago y presidente de Castilla.

Habíase celebrado entretanto la dieta de Augsburgo, famosa por la confesion, que lleva su nombre, leída ante el mismo emperador: los protestantes, sostenidos públicamente por príncipes y electores, habian adquirido una importancia política que hasta entónces les faltaba, y Carlos V luchaba con adversa fortuna en Alemania para poner coto á la preponderante heregía. Bartolomé Carranza se manifestó como su más ardiente adversario, y sus sermones públicos anatematizaban en vehementes frases las doctrinas que acerca de la transubstanciacion les aplicaban Zuíngle y Lutero, divididos ya en sus opiniones y proclamándose gefes de sectas diferentes. Nombrado consultor del Santo-oficio de Valladolid, dedicóse constantemente á estirpar los errores y á prohibir los libros que sospechosos le parecian. Ya predicando en su iglesia, ya discutiendo en el claustro, ya esplicando en su cátedra y dirigiendo la educacion de la juventud, todas sus horas, todos sus pensamientos estaban consagrados á la causa de la religion. Su cabeza firme no se cansaba jamás y parecian inagotables sus fuerzas. Destinado al capítulo general que celebraba su orden en Roma, púsose en camino con harta curiosidad de ver en su magnificencia la capital del mundo cristiano. Era en marzo de 1539, y su viaje fué lento é insoportable para el ardor del dominico deseoso de entrar en la ciudad que llamaban Jerusalem santa los católicos y los hereges Babilonia prostituida.

Duraban aun las magníficas y elegantes tradiciones de Leon X, y los suntuosos palacios y los restaurados edificios cubrian por do quiera las calles de Roma. Las desnudas estatuas, los broncees antiguos inundaban los salones de los prelados. Cubiertas de pinturas las paredes, ostentaban las graciosas creaciones de la mitología, al paso que un lujo refinado y sibarítico rodeaba las habitaciones de los cardenales. Este espectáculo sorprendió al fraile dominico acostumbrado á la severa sencillez de su monasterio. Como todos los hombres preocupados por constantes estudios, despreciaba los placeres materiales: sin otro fin que un objeto puramente religioso, miraba como pompa vana y réproba las producciones que encantan la imaginacion. Su primer sentimiento fué un desengaño: venia á buscar la arena del combate, creia hallar una sociedad armada de punta en blanco para resistir á la reforma, y la encontraba irritada si, pero muelle y tranquila, confiada en su fuerza, sin calcular la voracidad del incendio que amenazaba al dogma católico. Si este disgusto entibió su ferviente celo, no apagó su fé ni su modesta confianza. En el convento de la Minerva donde se celebraba el capítulo general, defendió conclusiones que le grangearon universal aprecio: la profundidad de su instruccion religiosa sorprendió á los prelados romanos: honrábase su orden con

miembro tan eminente, y en el mismo capítulo fué nombrado por aclamacion doctor y maestro de teología. Halláronse presentes los cardenales Carpi y Carrafa, D. Pedro Sarmiento, arzobispo de Santiago, D. Francisco de Quiñones, ex-general de la órden de S. Francisco, D. Juan de Salazar, obispo de Aluncano; y el embajador de España D. Juan Mairique, marques de Aguilar, desplegó para asistir á aquel acto suma pompa y notable ostentacion. Los personajes españoles residentes en Roma acudieron á presenciarse el triunfo del humilde dominicano, y Paulo III, ardiente campeón del dogma católico, le autorizó públicamente para leer libros prohibidos, con la esperanza de dar un defensor mas á la amenazada iglesia.

Poco deslumbrado con lisonjas y alabanzas, disgustado con la violencia de opiniones que la lucha producía, descontento del catolicismo de los prelados que se entregaban á profanas lecturas; Bartolomé Carranza únicamente ocupado con las ciencias religiosas, desatendió las delicias de la capital romana. Satisfecho con la autorizacion pontifical que le permitia entregarse en su retiro al estudio imparcial de las cuestiones pendientes, púsose en camino para España adonde llegó á mediados del otoño, con ánimo de consagrarse exclusivamente á la enseñanza de la teología.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EL ALMA DESTERRADA.

LÉYENDA POR ANA MARÍA,

traducida del frances por D. E. DE OCHOA.

Era en la alegre estacion de las primeras siegas, y gran número de trabajadores cubria todos los campos de la Judea, pero las llanuras de Gédora están desiertas: ninguna voz resuena en ellas: véense las gavillas esparcidas y abandonadas por los sulcos medio cubiertos aun de sus ricas espigas: la cortante hoz yace junto á las amarillas mieses y ningun rumor se oye como no sea el de las sonoras campanillas agitadas por los hermosos rebaños negros y blancos que andan diseminados por la pradera que riega el Silora.

¿Dónde están los trabajadores que, mientras segaban las mieses esta mañana, entonaban en coro los cánticos de la fiesta de las siegas? ¿Dónde están las hermosas doncellas que les respondian reuniendo en manojos los espigas derribadas por la hoz? A la primera hora del dia, el caminante, al cruzar aquellas embalsamadas llanuras, se hubiera regocijado en su corazon viendo á lo léjos aquellos mancebos tan lozanos como los pastores de Madian, y sus compañeras de hermosos y dulces ojos, velados por largas pestañas, gallar-

das y morenas como la esposa de los cánticos, y cuyas formas puras se dibujaban graciosamente bajo su simple túnica azul: la alegría brillaba en todos aquellos semblantes iluminados por los primeros albores de la mañana. ¿Por qué aquellos robustos segadores y aquellas lindas espigaderas de tan modesta sonrisa han abandonado ya los sembrados; dejando así la labor interrumpida?

Por ventura ¿los ha disipado la tempestad? No; el cielo está sereno y derrama una rubia luz sobre estas felices campiñas.

¿Los ha obligado el calor á buscar un refugio bajo las altas palmeras que se alzan á la falda del collado?

No; la sombra de las palmeras está desierta, y el calor no es insoportable, porque ya se ha levantado el aura de las montañas que refresca el llano y corre sobre las espigas que doblega y endereza, haciéndolas ondular como un río de oro.

¿Por qué han cesado los cánticos? ¿Por qué está solitaria la llanura?

¡Ah! los cánticos han cesado, la llanura está solitaria, porque María, la más hermosa y la más querida de las doncellas de Gédora, ya no existe; la ha herido una muerte imprevista, y apenas ha circulado esta dolorosa nueva entre los segadores y las espigaderas, todo lo han olvidado, han interrumpido sus trabajos, han abandonado la esperanza de una abundante cosecha, por volar á la mansion de la malograda vírgen, á fin de echar una postrera mirada empapada en lágrimas á aquel rostro amado.

¿Y qué? ¿la muerte alcanza también á la juventud! decían entre sí mientras iban acercándose al pueblo.....

EL ALMA DE LA VÍRGEN.

María, blanca y pura como una azucena, yacia tendida sobre su fúnebre lecho: segun la costumbre antigua, estaba cubierta con sus púdicas vestiduras; largos velos de lino, prendidos sobre su frente con la immaculada corona de las vírgenes, dejan ver su semblante, cuya hermosura no ha empañado la muerte; la paz de los ángeles mora en su frente, y sus labios entreabiertos por una última sonrisa parece que están murmurando todavía palabras de amor y de inocencia.

Anastasia, una de sus compañeras, ha puesto entre sus manos cruzadas una cruz de caña, símbolo de su fé sincera, mientras que otra doncella, Getira, que se ha conservado judía á pesar del ejemplo de sus amigas, ha cruzado los pies de la muerta segun la usanza hebrea, y se ha apresurado á sacar y verter todo el agua que habia en la casa, porque decia con terror que el ángel de la muerte habia limpiado en ella su ensangrentado acero. Pero Anastasia reserva un vaso lleno de agua del Jordan, que pone al pie del lecho fúnebre, empapa en ella una rama de box bendita, para que los de su fé la esparzan, como un santo rocío, sobre la frente bautizada de la cristiana vírgen.

Gran número de doncellas vestidas de blanco la rodean y queman incienso en derredor de ella; las viudas y las recién casadas echan nardo, mirra y flores sobre su lecho que riegan de lágrimas, y por dó quiera, en la estancia mortuoria, no se oye mas que sollozos y gemidos.

Los ancianos que habian celebrado su nacimiento, decían:

¿Por qué vivimos todavía nosotros, abrumados bajo el peso de los años, mientras siega la muerte tu juventud? ¿Tu porvenir era tan risueño! ¿Tu pre-

sencia amada derramaba tanto contento en derredor de tí! ¡Ah! ¡ojalá hubieran podido nuestros cansados días rescatar los tuyos!

Y lloraban los ancianos, inclinadas las frentes sobre aquella tierna flor, marchita en su primer aurora, y se quejaban de vivir olvidados en la tierra como añosos troncos despojados de verdura y ennegrecidos por el tiempo.

Una criada, agoviada por la edad, mesaba sus cabellos y se desolaba al pie del lecho fúnebre, diciendo:

¡Ah! ¿por qué prolongaron mi vida tus desvelos, cuando no ha mucho tiempo me devoraba la calentura? ¡Mas me valiera haber muerto entónces.... ¡no tendría ahora el dolor de sobrevivirte!

De esta suerte exhala cada cual la amargura de su pena. Pero ¿qué son los dolores que pueden exhalarse?

Una muger está sentada junto á María.

Aquella muger no llora, no gime, no se mesa los cabellos, pero está más pálida que la jóven difunta, é inmóvil como ella; sus ojos están clavados en aquel semblante sin color, y desde que, hace dos dias, espiró María, no han mudado ni de espresion sus miradas, ni su cuerpo de postura. Todos van, vienen, se agitan á su rededor, sin que ella los oiga: la hablan, sin que ella les responda.....

Aquella muger es la madre.

III.

María era la hija única de una cristiana llamada Sara, y denominada la Santa, por haber sobrellevado grandes desgracias sin quejarse. Verdad es que ningun gemido habia salido de sus labios hacia mucho tiempo; pero lo que en ella pasaba por valor, no era más que el postramiento que sigue á los dolores demasiado largos é intensos: la energía de su alma se habia consumido en silencio. Hay seres que perseveran en pié despues de horribles padecimientos, pero no creamos en su fuerza, porque no existe; semejantes á aquellos árboles heridos del rayo, y cuya médula está devorada, no tienen más que la apariencia de la vida, y el más leve empuje basta para derribarlos.

Durante la segunda y terrible persecucion, en tiempo de Domiciano, Anaí, el esposo de Sara, cristiano como ella, y dos hijos, sus tiernas esperanzas, habian sellado con su sangre la fé que habian abrazado. Sara habia creído seguirlos al martirio, y este sacrificio no la era doloroso; pero estaba embarazada de seis meses, y los verdugos la rechazaron cuando se presentó para sufrir su sentencia; volviéronla á su prision, donde tres meses despues, fué madre de María. Habiendo cesado la persecucion en aquella época, fué puesta en libertad; abandonó entónces los sitios regados con la sangre de sus queridos mártires, y fué á refugiarse en Gédora, ciudad situada junto á las montañas de Baalá, en la que empezaba á establecerse el cristianismo.

Diez y seis años hacia que vivia allí, sola con su hija, consagrada á la oracion y al dulce deber de criar á su María en el temor y el amor de Dios, pidiéndole noche y dia que apartase de sus labios el cáliz de amarguras con que la habia abrevado en su juventud.

Estoy cansada, decia Sara, como la madre de los siete mártires cuando la muerte de su sexto hijo: estoy cansada, Señor, y no me siento con fuerzas para sufrir.

Nunca se habia separado aun de su hija, sobre la cual velaba con aquel inquieto temor que solo conocen los que han padecido mucho.

Y ahora yace ahí su hija, muerta ante sus ojos: este golpe la ha abrumado; hace dos días que parece que no vé ni piensa, y á no ser por Anastasia, los deberes que se tributan aun á los muertos ménos amados hubieran faltado á aquella hija tan querida.

Aumentaba el concurso silenciosamente: las doncellas derramaban flores sobre el cadáver inmóvil, mientras otras empapaban la rama bendecida en el agua del Jordan, y rociaban los pies de la difunta, despues de haber rezado por ella.

Mas pronto aparece una señal de próxima disolucion en el semblante tan puro y tan blanco todavía de la vírgen; una mancha lívida se divisa en su hermosa frente.

Aumentaban con esto el llanto y los sollozos, y Gétira sale para ir á avisar á los encargados de las exequias, mientras que Anastasia para alejar el cruel momento en que habrá que entregar á la tierra aquellos yertos despojos, cubre el lecho de yerbas aromáticas, y le rocía con un aceite perfumado, cuyo aroma se difunde á mucha distancia; agita y renueva el aire que se condensa en torno del lecho fúnebre, y luego atiza las lámparas que palidecen, y renueva la lumbre de los trípodés en que arden los perfumes.

Llegan en esto los tañedores de instrumentos músicos, trayendo sistros enlutados, arpas de diez cuerdas, y flautas de triste y suave sonido; síguelos una muchedumbre de niños de argentinas voces, y de doncellas coronadas de flores de loto; todos van á formarse en círculo alrededor del lecho en que yace tendida María, y se disponen á entonar los cantos de dolor que han de preceder á las exequias, porque el culto cristiano, en sus principios, conservaba muchos usos del judaico, del que no se diferenciaba aun mas que por la celebracion de los misterios.

Resuenan algunos arpegios llenos de tristeza, y por primera vez se estremece la madre: todas las miradas se vuelven á ella con inquietud. Tiende Sara los ojos lentamente en derredor de sí mientras comienzan los cantos fúnebres.

CANTOS FUNEBRES.

Las Doncellas.

Nuestra jóven compañera ha apartado sus ojos de la tierra para alzarlos al cielo, y viendo que el cielo era hermoso, se ha echado á volar hácia él. Cerremos sus castos párpados, y reguemos su sepultura con nuestras lágrimas.

Flores de Saaron que abriais vuestros cálices junto á ella, palmeras que la cubriais con vuestra silenciosa sombra, campos amados que ella recorria por la mañana, llorad, llorad, ya no os alegrará su mirada: María ya no existe!

El Coro.

El Señor Dios ha herido de temor á sus siervos. ¡ Quien puede decir: pe-

dia que va á nacer es mio, cuando la juventud es segada como una yerba seca que arrebatada el viento? ¿Quién puede decir: Regocijémonos, la muerte está lejos? La muerte, como un leon rugiente, ronda en derredor nuestro y elije la víctima que va á devorar. ¡Oh alma mia! ¿qué aguardas para hacer penitencia? La hora que se desliza puede llamarte á presencia de tu juez. Señor, Señor, tened compasion de los muertos: no los cerreis el tesoro de vuestra misericordia.

Las Doncellas.

Nuestra joven compañera ha apartado sus ojos de la tierra para alzarlos al cielo, y viendo que el cielo era hermoso, se ha echado á volar hácia él. Cerremos sus castos párpados, y reguemos su sepultura con nuestras lágrimas.

Ya habíamos cogido la flor temprana del agavanzo blanco, é íbamos á tejer tu corona de desposada; ya se desplegaba el taled bordado de oro para ceñir tus sienas, y el taled no es ya mas que una mortaja, y la flor temprana del agavanzo blanco va á deshojarse sobre una sepultura.

Flores de Saaron que abriais vuestros cálices junto á ella, palmeras que la cubriais con vuestra silenciosa sombra, campos amados que ella recorria por la mañana, llorad, llorad, ya no os alegrará su mirada: ¡María ya no existe!

El Coro.

El hombre vive poco tiempo en la tierra y los dias de su peregrinacion son breves y tristes. El tiempo le arrastra de continuo, sin dejarle volver la vista atrás.

Como un impetuoso rio no ve dos veces el verde cespel de su primera orilla, así el hombre, perdido en su afanosa carrera, no vuelve nunca á las floridas sendas que holló su infancia. ¡Oh alma mia! ¿Cómo hallar el reposo?

Aquel cuya alma está llena de miserias alzará sus ojos al Señor: los cielos dicen á la tierra su gloria y su poderío, y el hombre degenerado, pero redimido, publica su justicia y su misericordia.

Las Doncellas.

Nuestra joven compañera ha apartado sus ojos de la tierra para alzarlos al cielo, y viendo que el cielo era hermoso, se ha echado á volar hácia él. Cerremos sus castos párpados, y reguemos su sepultura con nuestras lágrimas.

¿Cómo enjugaremos las lágrimas de tu madre? Tu madre no querrá que la consolemos, porque ya no existes. ¿Qué diremos á tu joven desposado cuando, á su regreso, venga á buscarte entre nosotras? ¡Ah! ¡cuántas lágrimas correrán por tí!

Flores de Saaron que abriais vuestros cálices junto á ella, palmeras que la cubriais con vuestra silenciosa sombra, campos amados que ella recorria por la mañana, llorad, llorad, ya no os alegrará su mirada: ¡María ya no existe!

El Coro.

El Señor lo ha jurado, y su juramento es inmutable: los que esperan en él vivirán en la eternidad.

Dentro de poco tiempo, nuestra alma purificada dejará su despojo á la tierra; dentro de poco tiempo, el ángel de los últimos días tocará las sepulturas con sus alas de fuego; los muertos levantarán la tierra que los cubre, y se alzarán como una nueva mies que vendrá á segar el Redentor, y á aechar en su divina era. Esperen los justos en el Señor, y vivirán para no morir jamas.

El Coro y las Doncellas.

El Señor lo ha jurado y su juramento es inmutable: los que esperan en él vivirán en la eternidad.

Dentro de poco tiempo, nuestra alma purificada dejará su despojo á la tierra; dentro de poco tiempo, el ángel de los últimos días tocará las sepulturas con sus alas de fuego; los muertos levantarán la tierra que los cubre, y se alzarán como una nueva mies que vendrá á segar el Redentor, y á aechar en su divina era. Esperen los justos en el Señor, y vivirán para no morir jamas.

Los Mancebos.

Su alma ha abandonado la tierra como un pájaro que huye de las redes del cazador.

Los Niños.

María, María, ¿por qué nos has dejado?

A este nombre de María, repetido por aquellas voces infantiles, tan sonoras, pónese en pié la madre y dirige lentamente sus miradas en derredor de sí; luego esclama de repente:

¡Mi hija! ¿dónde está mi hija? Dios me habia prometido tener compasion de mí, y no puede querer arrebatármela. ¡No, no! ¡me la volverá!

Permanece inmóvil, alza los ojos al cielo golpeándose la frente con la mano, y dice:

Sí, iré..... se compadecerá de mi dolor. Aguardadme, añade con voz que hace estremecerse á cuantos la escuchan; aguardad, y cuidado con que se atreva ninguno de vosotros á tocarla sin que yo se lo mande. Entónces, como arrebatada por un interno y súbito impulso, se precipita por en medio del concurso, repitiendo con sorda y trémula voz: Aguardadme, aguardadme: nadie se vaya hasta que yo vuelva. Y abriéndole todos paso, aléjase Sara precipitadamente.

Nadie se ha atrevido á detenerla, pero todos la siguen con ojos inquietos mientras baja la escarpada pendiente en cuya cima está construida su vivienda, y cruza el llano dirigiéndose hácia la montaña de Baalá, donde pronto desaparece entre la espesura.

Su voz, su ademan, han aterrado á los circunstantes, quienes luego que la han perdido de vista, se miran entre sí con sobresalto.

(Se concluirá.)